

EL GOZO DEL TRABAJO HONRADO

élder L. Tom Perry
del Quórum de los Doce Apóstoles



"Enseñad a vuestros hijos el gozo del trabajo honrado. Dadles el fundamento que les dará confianza y satisfacción en la vida."

Elder Wirthlin, yo también quisiera darle la bienvenida ya que va a formar parte de este grupo de hombres sumamente singular. Allí encontrara hombres de cabello oscuro y de cabello cano, y algunos con cabello más abundante que otros. Y sus personalidades son tan diversas como sus peinados. Esa es la gran bendición de pertenecer al Consejo de los Doce, ya que de estas personalidades tan diversas emana una dulce unidad bajo la inspiración del Señor. Es sumamente singular. Bienvenido, hermano Joseph.

En Proverbios leemos: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartara de él" (22:6).

Uno de los grandes desafíos que enfrentan los padres en la vida desde el principio ha sido el de lograr tener éxito en la importante tarea de criar a sus hijos. Esta gran responsabilidad puede brindarnos los mayores gozos y algunas de las mayores penas que la vida tiene para nosotros en la tierra.

Cada hijo es distinto, por supuesto, y lo que da resultados con uno puede no dar el mismo resultado con otro. Sin embargo, considero que después de asegurar que cada hijo reciba el conocimiento del evangelio de nuestro Señor y Salvador, está la responsabilidad de enseñarles el gozo del trabajo honrado.

A mí me enseñaron esta lección mis buenos padres. ¡Cuán agradecido estoy por mi padre, quien tuvo la paciencia de enseñarme cómo trabajar! Recuerdo que cuando era un pequeño de sólo siete años, estábamos remodelando la casa y quitando algunas de las paredes. En ese tiempo se usaban postes de 2 por 6 pulgadas. En los postes se clavaban los listones y sobre estos el enyesado. Al quitar las paredes era fácil desprender con algunos golpes los listones y el enyesado, pero, por supuesto, esto dejaba los clavos en los postes.

Todas las noches, después que terminaban los trabajadores, yo tenía la responsabilidad de juntar los postes y llevarlos al patio de atrás, donde había dos caballetes. Allí debía amontonar los postes, y luego, uno por uno, ponerlos en los caballetes y sacarles todos los clavos. Una vez que los sacaba todos, se me había dicho que debía enderezarlos. Finalmente, tiraba los clavos derechos en un gran balde verde y amontonaba los postes en una pila ordenada.

Muchos elementos de ese trabajo fueron de valor para mí en mi juventud. Primero, se me había enseñado a ser productivo, a trabajar, a estar ocupado y a no perder el tiempo.

Desde el principio, el Señor le mandó a Adán que cultivara la tierra y ejerciera dominio sobre las bestias del campo y que se ganara el pan con el sudor de la frente. Siempre me ha interesado la frecuencia con que nos advierten las Escrituras que cesemos de ser ociosos y que seamos productivos en todos nuestros esfuerzos. El rey Benjamín, en su discurso final, hizo notar su ejemplo ante la gente al decir:

"Os digo que así se me ha permitido emplear mis días en vuestro servicio, aun hasta el día de hoy; y no he procurado de vosotros oro, ni plata, ni ninguna otra clase de riquezas;

"y aun yo mismo he trabajado con mis propias manos a fin de poderos servir, y que no fueseis abrumados con impuestos, ni que cayera sobre vosotros cosa alguna que fuese pesada de llevar; y de todas estas cosas de que he hablado, vosotros mismos sois testigos este día" (Mosiah 2:12, 14).

El enseñar a los hijos el gozo del trabajo honrado es uno de los dones más grandes que podemos otorgarles. Estoy convencido de que una de las razones de la ruptura de tantos matrimonios hoy día es que los padres no enseñan ni capacitan a sus hijos varones en cuanto a la responsabilidad de proveer y velar por sus familias, y a disfrutar el desafío que esta responsabilidad acarrea. Muchos de nosotros hemos fallado también en nuestro esfuerzo por inculcar en nuestras hijas el deseo de poner belleza y orden en el hogar por medio de las labores domésticas.

¡Cuán esencial es que a los hijos se les enseñe temprano en la vida el gozo que se siente al comenzar un trabajo y hacerlo obra de sus manos. Enseñad a vuestros hijos el gozo del trabajo honrado. Dadles el fundamento que les dará confianza y satisfacción en la vida. "Feliz es el hombre que tiene un trabajo que disfruta. Feliz es el hombre que disfruta del trabajo que tiene." (Anónimo.)

Segundo, cuando era joven y hacia los trabajos que mi padre me asignaba, use me enseñó a no desperdiciar, a conservar cuando fuese posible. Los clavos de aquellos postes los podíamos usar nuevamente, y lo hicimos.

Siempre he disfrutado al leer algunos de los consejos que Brigham Young dio a los miembros de la Iglesia. Su consejo fue muy práctico. Escuchad lo que dijo sobre el desperdicio:

"Recogedlo todo. . .

"Nunca penséis que tenéis tanto p n que podéis dejar que vuestros hijos desperdicien ni un pedazo ni una miga. Recordad: No desperdiciéis nada, sino cuidad todo.

"Si deseáis ser ricos, ahorrad lo que obtengáis. Un tonto puede ganar dinero, pero se necesita un hombre sabio para ahorrarlo y saber utilizarlo."

Me pregunto que les estamos enseñando a nuestros hijos cuando compramos casas lujosas como símbolos de nuestra posición social o económica. Desperdiciamos espacio y recursos cuando compramos una casa más grande de lo que necesitamos, una casa más costosa de lo que podemos darnos el lujo de pagar. Nos endeudamos con hipotecas tan grandes que se requiere el trabajo de tanto el esposo como la

esposa para pagar las cuotas. Luego contraemos otras deudas al punto de absorber completamente todos nuestros ingresos, sin dejar margen para los días difíciles que les llegan a todos en la vida. ¿No es acaso este tipo de ejemplo por parte de los padres lo que alimenta la filosofía de "Lo quiero ahora" en la vida de sus hijos?

Hay algunos que erróneamente piensan que, después de rechazar los consejos de los profetas de evitar las deudas innecesarias, pueden acudir al obispo para que les ayude a salir de esos aprietos económicos. Casi lo único que los pobres obispos pueden hacer es llorar con ellos, ayudarles a mudarse a una casa que esté al alcance de sus medios y aconsejarles la mejor forma de disminuir sus pérdidas.

Al recordar acerca de mi vida, no creo que había ningún grado de diferencia entre la felicidad que sentía cuando mis dos hermanos y yo compartíamos un solo dormitorio, y la que sentíamos cuando teníamos una casa grande y cada uno de nosotros tenía su propio dormitorio. Enseñemos a nuestros hijos el arte de saber conservar y a no desperdiciar.

Tercero, nunca olvidare mi consternación al ver que los trabajadores usaron clavos nuevos cuando volvieron a levantar las paredes para terminar de remodelar nuestra casa. El montón de clavos que yo había enderezado y guardado en el balde verde aumentaba más y más y nunca se usaba. Fui a donde estaba mi padre y le pregunte: ¿No sería mejor ahorrar los clavos nuevos y usar los viejos que yo enderece?" Yo me sentía orgulloso del trabajo que había hecho.

Mi padre me mostró algo muy importante. Tomó un clavo nuevo y lo clavó en un poste; pudo clavarlo derecho y firme. Luego tomó uno de los clavos que yo había enderezado tan cuidadosamente y, poniéndolo en el mismo ángulo, lo golpeó con el martillo varias veces. Pronto el clavo se dobló y fue imposible enterrarlo en la madera. Así aprendí que un clavo usado o torcido nunca es tan fuerte como uno nuevo. Pero, entonces, ¿porque mi padre me había hecho enderezarlos?

Como niño no recuerdo haber recibido nunca una respuesta satisfactoria. No fue sino hasta que tuve mi propio hijo que empecé a entender. Cuando mi hijo tenía como tres años, lo lleve a la huerta a ayudarme a desmalezar. Supuse que por su tamaño, estando tan cerca del suelo, tendría una gran ventaja para desmalezar. Desafortunadamente para mi huerta, él tenía dificultad en distinguir la hierba de las plantas nuevas.

Luego trate de enseñarle a Lee a ordeñar una vaca que habíamos comprado junto con un vecino. Pronto aprendió el movimiento preciso de un buen ordeñador, pero desgraciadamente su puntería no era muy buena. Cada vez que lo iba a ver estaba rodeado de espuma blanca, con el balde casi vacío. Me miraba y sonreía con orgullo, y mi primera inclinación a enojarme desaparecía rápidamente. . . pero me sentía frustrado. Esperaba que me ayudara, pero el s610 parecía crearme más trabajo.

Fue en esos momentos de frustración que recordaba los clavos que. enderezaba para mi padre, y empecé a entender. El trabajar es algo más que el resultado final. Es una disciplina; es algo que debemos aprender a hacer, y a hacerlo bien antes de

poder esperar recibir una recompensa tangible por nuestro trabajo. Mi padre tuvo que haber sabido que si pensaba sólo en el resultado de mi trabajo, llegaría a la frustración por la forma tan inadecuada en que yo trabajaba en aquel entonces. Por eso encontró tareas que eran difíciles y que significaban un desafío para mí para enseñarme la disciplina que requiere el trabajo duro. El utilizaba los clavos enderezados no para remodelar la casa, sino para edificar mi carácter.

Finalmente, se me instruyó que guardara los postes de 2 por 6 en una pila ordenada para que los hombres pudieran utilizarlos al día siguiente. Mi trabajo no había terminado hasta que lo hacía y luego guardaba las herramientas.

Enseñémosles también a nuestros hijos que el trabajo que se les asigne se lleve a cabo hasta su término; que se sientan orgullosos de lo que hayan logrado. Existe una satisfacción especial después de terminar una tarea, especialmente cuando es el mejor trabajo que sabemos que podemos hacer.

Estas lecciones me inculcaron un gozo y agradecimiento por el trabajo honrado y me prepararon para esas etapas en la vida en que sería responsable de proveer para mi propia familia. Los principios que mi sabio padre me estaba enseñando sobre el trabajo honrado, el no desperdiciar, la disciplina y el terminar siempre un trabajo, serían básicos para obtener el éxito en la profesión que elegiría. Estas lecciones me permitieron enfrentar los desafíos de un mundo cambiante.

¿No es esta la misma lección que enseñó Pablo cuando declaró?

"Ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros;

"no porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis" (2 Tesalonicenses 3:89).

Hace un mes sucedió algo en mi vida que me ayudó a comprender las bendiciones que se nos acumulan a través de los años gracias a la buena enseñanza que recibimos desde niños. Al llegar al aeropuerto se me entregó una nota que decía que una de mis mejores amigas había fallecido y que su funeral sería dentro de una hora y media en una comunidad a 50 millas del aeropuerto. Hice un rápido cambio de transporte aéreo a terrestre y me dirigí al funeral.

Esta gran alma había sido mi maestra en la Primaria cuando yo tenía ocho, nueve y diez años de edad. Al manejar hacia el funeral esa mañana, mi mente se recreó con el grato recuerdo de mi juventud.

Especialmente recordaba el gran ejemplo de la enseñanza que recibí en mi niñez. A buenos padres que siempre me enseñaron, me inspiraron, me amaron y me dieron un fuerte aliento para ayudarme a encontrar el buen camino en la vida. Recordé a una amable tía 3 que vivía en la casa de al lado, que reforzaba las enseñanzas de mis padres y era un segundo testigo de ellas.

Luego recordé a la querida hermana Call, una maestra de la Primaria que extendió su llamamiento más allá de su salón de clases. Sus lecciones incluían muchos viajes para enseñarnos acerca de la vida, el trabajo y el gozo de la amistad.

Su forma especial de entretener las lecciones con nuestra vida nos ayudó a comprender nuestro valor personal.

Mientras manejaba por ese camino, mi corazón estaba lleno de una enorme gratitud por mis padres, mis demás familiares y por los líderes de la Iglesia que tuvieron la paciencia, el amor y el interés de edificar un fundamento en la vida de un niño durante esos años críticos.

¿No deberían todos los niños recibir tal bendición a temprana edad en sus vidas? Es la obra del Señor en la que estamos embarcados. Él ha marcado el curso y revelado los principios fundamentales que nos conducirán de nuevo a su presencia. Que tengamos la fortaleza y el valor de seguirle es mi oración en el nombre de Jesucristo. Amén.